

MIGUEL OTERO SILVA

Josefina Ruggiero

Ciñéronse las boinas azules y al canto del sacalapatallajá un grupo de jóvenes abrieron por sí mismos horizontes de huellas profundas que marcaron historia en el país.

En adelante, cada uno se enrumbaría por senderos en siembra de frutos jugosos para todos desde los más diversos cristales. La comunión siempre se mantuvo: la búsqueda de la justicia. Lo que es igual: la pasión y el amor por estas tierras venezolanas.

Se distinguió un hombre que ya no nos acompaña en el volumen, pero sí en la esperanza y el sentir: Miguel Otero. Sembrador de pura cepa tanto en los campos de las letras como del combatiente periodismo; también en la política y sobre todo en los campos de la hermandad, donde deja huérfanos a incontables compañeros de infancia, de lucha, de rotativa o Academia.

Deja una larga obra tras su andar. El universo de la literatura nacional se resiente, como atravesada por un rayo, con la partida de aquel que se hizo llamar Miotsi, Sherlock Morrow y tantos otros seudónimos en las sombras de los guácharos.

Como cosecha de trigo limpio brindó, MOS, una jactosa producción que perdurará en el tiempo mediante la característica narrativa que abrigó en sus novelas: *Fiebre*, *Casas Muertas*, *Oficina No. 1*, *La Muerte de Honorio*, *Cuando quiero llorar no lloro*. Se enlazaban unas a otras a través de un hilo irrompible: Venezuela. Todas eran fieles reflejos de una realidad venezolana que le tocó vivir o presenciar. Quedan allí sus primeras cinco novelas, como testimonio del sufrimiento del pueblo venezolano. ¿Literatura Social? ¿De denuncia? Qué importa la definición. Es literatura de MOS.

Más tarde, en una lucha contra la injusticia cometida en la persona de Lope de Aguirre inicia un viaje al pasado desenmarañando las telas del tiempo hasta encontrar una luz que daría nueva vida al mal conocido tirano Lope de Aguirre, quien más que tirano resultó ser un auténtico Príncipe de la Libertad.

En su caminar incesante, MOS, pisó piedras tan duras como aquella que era Cristo, con la belleza de una prosa poética en depurados acabados que respaldó con serias investigaciones, tan sólo interrumpidas por las travesuras que le jugara Ludovico, aquel inquieto fan-

tasma que moraba en la colina de Arezzo, donde el poeta se retiraba a escribir. Con la Piedra descubrió que el más brillante de los Apóstoles era María Magdalena.

Una cantera de páginas poéticas regaló en lleno de vida, gozo y amor.

Uslar Pietri lo confirma al destacar que "la obra literaria de Otero Silva es una de las más valiosas, ricas y significativas de las letras venezolanas".

Le llamaron, por eso, Pelotaris, Pelotaris del verbo que ganó su infinito. Quien lo mentó fue un amigo y tocayo de apellido Asturias.

Y es que como buen apasionado al beisbol, donde la suerte no le sonrió, en el resto de sus entregas todas las bateaba de jonrón.

"Algunos críticos han calificado mis novelas de 'meros reportajes' y algunos de mis poemas de 'costal de anécdotas'. Les confieso que tales reproches, justos o no, lejos de desagradarme me dan complacencia. Tengo a mucha honra mi profesión de periodista que me ha

valido para ganarme la vida durante tantos años".

Es que en ese corpulento hombre, macizo como la roca y generoso como el manantial, se fundían entre sí la literatura y el periodismo, oficio éste que ejerció con tesón de gladiador. Entre cuartillas, fotos, humor, manchetas, máquinas de escribir, se abría paso firme siempre presto a cualquier observación. Siempre presto a dar, a crear, a cuidar tal vez lo que fuera su hijo más pródigo El Nacional.

"Nació con ese talento", se escuchaba decir al vendedor del kiosco de la esquina mientras leía una columna donde Otero contaba el dolor de una vieja amiga de nombre María a quien le había asesinado a su hijo una cachucha con nombre y apellido de terror.

Al aparecer la figura de MOS, parecía entrar un Goliath en la redacción. Se recuerda todavía la celebración de sus 60 años. Un cumpleaños como pocos. Para tal ocasión, aquel que ya no está, se encargó solo de la publicación del diario.



Como todo un Goliat lo sacó.

“Por encima de todo era un agudo y sagaz periodista. Para él, era más apasionante un número extraordinario de El Nacional o un acierto en la vida permanente y diaria del periódico que escribir cualquier libro”.

Es Inocente Palacios, testigo directo de la amistad y el crecimiento de Miguel Otero, quien lo afirma. Desde 1918 los unió una relación muy intensa. Y es que si alguien compartió con MOS, ese alguien es Inocente, el incondicional hermano que a su lado estuvo por 67 años.

Así como la máquina de escribir fue su inseparable compañera, el humor no se adormecía en ningún tejido de su fortaleza. Una sonrisa que le correteaba por toda su humanidad derramándose. Un comentario jocoso dejaba caer sin la menor premura sobre los espacios quietos que irrumpía y como lluvia de alegría saltaban las risas incontenidas. Un tintero sin fondo fue pozo testigo de los ingeniosos relatos llenos de colorido. Humorismo en Un Morrocoy Azul, antes en Fantoques y en su sínfin de obras humorísticas de este venezolano oriundo de Barcelona pero de convencimiento caraqueño.

“Miguel reunía condiciones realmente excepcionales. Una inteligencia muy aguda, acompañada de un fino humor que no era sarcástico, sino un humor optimista, afable, cordial, franco y humano. Así era el carácter de Miguel, que le fue muy útil para irrumpir en una actividad, que en lo que respecta a Venezuela, se podría afirmar tiene dos divisiones profundas en su recorrido: el periodismo antes de MOS y el periodismo después de MOS con la aparición de El Nacional”.

Inocente aún rememora las frecuentes reuniones que sostenía con Miguel, en las cuales el tema por obligación era el periódico. Inocente aún rememora el profundo goce que le producía a Miguel cuando el diario expresaba ese sentido de identidad nacional y continental que se iba formando en el país, a medida que se alejaba de un pasado semifeudal para enrumbarse por otros senderos.

“Nunca se le vio un rictus de contrariedad con respecto a las amarguras de la vida. Siempre un sentido de afirmación humana lo llevó a ver el lado bueno de las personas, de la vida. De allí su jovialidad con todo el mundo y su interés por una multiplicidad de proble-

mas que lo hacían muy agradable en los diferentes estratos que conforman la existencia. No quiso quedarse solitario por el mundo del intelectualismo puro.

Hombre fiel a sus posiciones que le valieron el respeto y la admiración de cuantos se le acercaron.

“He hecho lo que está a mi alcance para que no me deje el tren... Por el contrario, no olvido que la única manera de conservar la juventud es ser leal a ella, ni tampoco echo en saco roto que nada envejece tanto como el arrepentimiento”.

“Erase una vez un hombre que no se encerró en sí mismo sino que se desgranó como las uvas y el trigo.

Era difícil pasar por su lado sin leerlo:

en su conducta tenía más palabras que los libros...

Sesenta años se pasó en este extraño negocio de gustar y no gastarse, de querer y ser querido”.

Así lo retrató Neruda, su amigo, al cumplir, MOS, sus 6 décadas de entrega. Así queda MOS en el recuerdo.



**INSTITUTO
NACIONAL
DE OBRAS
SANITARIAS**

PARA QUE UN SERVIDOR PUBLICO COMO EL AGUA PUEDA SER PRESTADO EFICIENTEMENTE, HACE FALTA EL PAGO PUNTUAL DEL BENEFICIARIO. EL INOS FACTURA CADA DOS MESES PERO, SI NOTAS QUE TU RECIBO NO LLEGA A TIEMPO ACUDE A LAS OFICINAS DE ATENCION AL PUBLICO Y ENTERATE DE TU DEUDA. EVITA CORTES DEL SERVICIO. PAGALE AL INOS.